

# Plenilunio



Una vez más esta noche el plenilunio ha iluminado el jardín y nuestra casa de campo.

Yo estaba en la sala con mi familia, bajo la luz eléctrica. Se hablaba, se fumaba. Pero yo sabía muy bien lo que estaba sucediendo fuera. Era una de las cosas más perfectas inventadas por la naturaleza y por el hombre (y digo por el hombre porque la luz de la luna sobre casas, monumentos, ruinas, calles, es mucho más turbadora que en los ambientes selváticos, desiertos, montañas, sabanas, aluviones de ríos).

Y no costaba nada. Y sin embargo, yo permanecía sentado en casa con mi familia hablando, leyendo, fumando. Esperaba. Como si tuviese miedo. Lo postergaba de minuto en minuto.

Luego, fingiendo una especie de desgana, para no dar una excesiva satisfacción a aquel espantoso asunto de ahí fuera, abrí las dos hojas de la puerta de madera, que ya había sido cerrada. Salí al jardín. Con el gesto de quien asoma la nariz para ver qué tiempo hace.

Como si no lo supiese de sobras. E inmediatamente, a la primera mirada, aquella cosa fuertísima, abstrusa, extremadamente personal, se me metió aquí dentro, en las entrañas.

Una vez más – y el mismo fenómeno se repite cada verano, desde la noche de los tiempos – me he preguntado: ¿Por qué? ¿Por qué esta belleza sin remedio, arrebatadora, transfiguración del mundo, poesía en estado puro? ¿Por qué? ¿De dónde viene? ¿Del silencio? ¿De la sepulcral inmovilidad de las cosas? ¿De la particular luminosidad que adquieren los objetos, los edificios, los paisajes? ¿Del imperceptible estremecimiento de la luz lunar sobre el prado, sobre los árboles, sobre las tapias, sobre los campos de alrededor? ¿De la desolada paz? ¿De la exagerada intensidad de las sombras, vivas y tenebrosas como el abismo del que nunca veremos el fondo, en el que un día nos abocaremos? No es suficiente. ¿Del sentido de misterio, entonces? ¿Pero qué significa misterio? ¿No se recurre a él abusivamente? ¿De la presencia, tal vez, al pie de los matorrales, donde la oscuridad es más negra (y simultáneamente en las cavidades desiertas de las buhardillas), de la presencia de viejos espíritus, duendes, gnomos, minúsculas hadas, sapos, nigromantes y profetas? Pero los espíritus, desgraciadamente, no existen. ¿O de la presencia invisible, sosegada, resignada, sin amargura ni resentimiento, de nuestros muertos, de todos los que con mi mismo nombre vivieron en esta casa, y la amaron, y, sumidos en la nada durante el día, ahora con la llamada de la amiga luna, que es siempre la misma, afloran nuevamente de las piedras y de la tierra, y se esparcen, suaves mortajas de fosforescente niebla, sobre los prados donde también ellos jugaron cuando eran niños?

Debo añadir que el encantamiento, como en tantas otras noches del pasado, procedía sobre todo de la fachada del llamado granero, anteriormente morada de un espíritu extraño, y ahora deshabitado, con la puerta central cerrada, las cuatro ventanas con los postigos cerrados, la resquebrajada cornisa horizontal, y las pinturas, ya desvanecidas, de estilo romántico, que hacían que recordase vagamente a un fragmento de castillo antiguo.

Como en tantas otras noches del pasado, me hubiera gustado quedarme allí para contemplarla durante horas y horas, y al mismo tiempo sentía una extraña necesidad de huir, como si oscuramente temiese algo demasiado difícil, un riesgo, un tenebroso tormento.

Sin embargo, de pronto, la fachada del granero me ha recordado sorprendentemente el rostro de mi madre muerta, las queridas facciones encogidas por los años, por el cansancio, por la enfermedad. Embargada por una tranquilidad total, pero al mismo tiempo cerrada en una concentración, en un esfuerzo, en una voluntad sobrehumana. Como si quisiera decirnos todavía a nosotros, sus hijos, a los pies de su cama, algo de primordial importancia. No ya que la muerte la hubiese sorprendido antes de tiempo, impidiéndole pronunciar sus últimas palabras. Lo que tenía que decirnos, ella misma lo había sabido después, a los pocos instantes de habernos abandonado. Era evidentemente la cosa más grande que nunca se había imaginado. También nosotros, sus hijos, teníamos que saberla, era absolutamente necesario. Sólo que era demasiado tarde, no quedaba ni un segundo de tiempo, la negra cortina ya había descendido.

Pues bien: la misma actitud, la misma expresión, la misma concentración desesperada tienen esta noche, inundados de luna, la tierra, los prados, la casa, los árboles, las montañas del fondo, perdidas en una opalescencia de plata y de sueño. Y sobre todo el granero. Todos ellos viejísimos y cansados, todos ellos con un secreto gigantesco.

¿Acaso finalmente, tras toda una vida, yo he llegado a saber?

Esta casa donde he nacido, estos prados donde aprendí a andar, los árboles entre los que siendo niño combatí mis primeras batallas con los pieles rojas, las imágenes, los momentos, las luces, las voces, de donde surgieron los primeros presentimientos, las primeras exaltaciones espirituales. De estas hierbas, matorrales, árboles, zanjas, senderos, tapias, habitaciones, pasillos, escaleras, libros, muebles, pajares, graneros, he recibido la primera poesía. Entre nosotros existe un pacto que ni siquiera la muerte podrá destruir. Mi padre y mi madre juntos son este pequeño prado, el granero, la hilera de los ojaranzos, el perfil de las montañas.

¿Finalmente he entendido? En el plenilunio, que transforma las pobres apariencias del día en un paraíso en el que sería hermoso naufragar para siempre, las cosas de nuestra primera infancia, que

han permanecido intactas mientras nosotros nos hundíamos en el pozo de la vida también quieren decirme algo.

¿Pero qué quieren decir? ¿Sólo recordar aquellos lejanos días felices? ¿Revelar los enigmas de esa tierra que jamás he logrado entender? ¿Explicarme la estupidez de nuestra vida y de nuestros miedos? ¿Enseñarme el remedio – a lo mejor tan sencillo – para encontrar la paz del espíritu?

Si, bajo la luna, casa, prado, árboles, permanecen inmóviles, silentes y vibrantes con todo su ser, nos miran, me miran, me llaman. Están aquí, a punto de hablar, todavía no lo consiguen.

Todavía no lo consiguen. No pueden hacer más. Y tampoco yo puedo hacer nada para superar la frontera que nos divide.

Basta. Con un ligero estremecimiento vuelvo a entrar en casa, atranco la puerta, caigo de nuevo en la banalidad doméstica de cada noche, los consabidos muebles, sofás, lámparas, libros, cuadros, interruptores, manijas, polvo, moscas.

Oh no. Vuelvo a levantarme. Salgo otra vez afuera. La escena sigue allí, la belleza, el encantamiento, la fiesta silenciosa sin bailes ni músicas, hecha de luna, de intimidad, de magia. Detente, detente, dulce luz. Mañana tendré que marcharme. Es quizá la última vez. Espera. Un poco más. Te lo ruego.

Pero la noche cae lentamente, la luna ya ha alcanzado su punto más alto, cansada de subir se ha acurrucado en el barquichuelo que la llevará otra vez hacia abajo, hacia el ocaso, creo ver ya un resplandor ampliándose contra los negros perfiles de oriente. Los faros de un camión. El estruendo salvaje del camión. Otro coche. De pronto la belleza se desvanece, se acabó. El granero ya no me recuerda nada. El jardín, las sombras, los árboles, ya no tienen nada que decirme.

¿Has cerrado la puerta? ¿Estás seguro de haber apagado las luces? Buenas noches. Buenas noches. Pasos que se alejan por el pasillo.

**DINO BUZZATI**, *Las noches difíciles*, Argos Vergara, Barcelona 1983, pp. 189-193.